

MIKE LEACH

## ¿SON IGUALES TODOS LOS "VERDADEROS HOMBRES" ?<sup>1</sup>

### *Una exploración de la relación entre el trabajo, la clase y la masculinidad*

Martín y David a menudo se sientan juntos mientras esperan el tren de la mañana. A pesar de la regularidad de este ritual en días de trabajo, nunca se han hablado. Son —¿cómo decirlo?— diferentes. Una vez, sin embargo, después de que una joven mujer pasó frente a ellos, sus ojos se encontraron brevemente en un reconocimiento común del momento. Aparte del veredicto sobre el cuerpo de la joven, algo más se fue afirmado silenciosamente. Se acomodaron de nuevo, sus identidades intactas, seguros por la proyección externa de la vaga are-

naza que su propia proximidad física implicaba.

También comparten el tren. Éste lleva a Martín a un suburbio donde trabaja como maquinista en una planta de ingeniería: "Sí, el trabajo se vuelve aburrido y repetitivo; pero los compañeros lo alegran, contamos algunos chistes, embromamos a las secretarías, cosas normales. Y después del trabajo salimos a beber. Así la vamos pasando. Después de todo, un hombre tiene que ganar el sustento, ¿no? Especialmente con la esposa y los hijos en casa".

El tren lleva a David a la ciudad, donde trabaja como vendedor en una gran compañía de seguros. Se siente orgulloso de sus agresivas estrategias de ventas y de su habilidad que lo lleva a ser uno de los mejores del equipo. "Claro, no siempre disfruto las decisiones fuertes, pero es necesario ser competitivo o te quedas rezagado en el negocio, no digamos en las promociones. El éxito es muy importante

<sup>1</sup> Este artículo se publicó en la revista *XY: Men, Sex, Politics*, Australia, núm. 3, primavera, 1993.

para mí, y también para mi familia. La gente confía en mi liderazgo, sabe quién está al mando. Es una gran responsabilidad, pero es importante y yo soy bueno en esto”.

Aunque Martín y David son personajes ficticios, sus historias representan algunas realidades fundamentales acerca de las vidas de innumerables hombres en las sociedades occidentales industrializadas. En un sentido, es una historia sobre masculinidad: de hecho, una gran historia que se cuenta en todos lados, con algunos temas muy gastados pero importantes. La primera representa la actitud hacia las mujeres; la versión dominante de la masculinidad refleja, a nivel personal, la tendencia de las sociedades patriarcales a reducir a las mujeres a sus funciones sexuales y reproductivas. También hay homofobia, así como un énfasis en la importancia del trabajo, de proveer a la familia, de ser quien lleva el sustento a la casa y, por tanto, de ser la cabeza del hogar.

En otro sentido, es una historia de las vidas reales de hombres en contextos económicos y sociales específicos, por medio de los cuales la masculinidad se convierte en una experiencia vivida. Para la mayoría de la gente, el trabajo, o lo que se hace, es central en la construcción de su identidad, el determinante primario de lo que se es. Sin embargo, tal como Martín y David ilustran, la naturaleza del trabajo en el contexto de la economía capitalista varía enormemente según la posición de clase de cada quien en términos de satisfacción, autonomía y poder. La lógica estructural de la economía capitalista, organizada en torno al lucro privado y a la producción costo-eficiencia, requiere la existencia de una gran clase de trabajadoras y trabajadores con salarios deficientes, con relativamente pocas habilidades y poco o ningún control en sus lugares de trabajo. Los diferentes tipos de trabajo bajo el capitalismo interactúan en varias formas con el carácter y las po-

sibilidades de la masculinidad convencional, brindando apoyo crítico para la organización del trabajo bajo el capitalismo, pero también produciendo conflicto, contradicción y resistencia.

### ***Trabajo y masculinidad***

Para la mayoría de los hombres en las sociedades occidentales, entrar en el mundo del trabajo significa alcanzar la hembra, el rito de iniciación en el mundo público y productivo del hombre. Las definiciones culturales de la masculinidad dan un énfasis particular al papel del hombre como proveedor en el hogar y, consecuentemente, funcionan como parte de una red de suposiciones ideológicas que apoyan la división sexual del trabajo entre hombres (público/productivo) y mujeres (privado/doméstico). De la misma forma, las expectativas acerca de la masculinidad fusionan los roles de "hombre" y "trabajador": ser un hombre exitoso es ser un buen traba-

jador. Tal como Andrew Tolson apunta en *Los límites de la masculinidad*<sup>2</sup>, las definiciones occidentales contemporáneas de la masculinidad están inextricablemente vinculadas a las del trabajo, mediante valores, cualidades y prioridades que se atribuyen a ambas: fuerza física, destreza, mecánica, ambición, competitividad y así sucesivamente. A los niños se les enseña en la familia, en la escuela y, finalmente, en el lugar de trabajo, a aspirar a estos valores como pilares de la hembra y, eventualmente, llegan a interiorizar estas normas como "identidad". Los hombres aprenden a definirse y a juzgarse a sí mismos de acuerdo con estos valores, y el trabajo es el terreno de prueba más importante para estos atributos. Tanto Martín como David, en diferentes formas, dan fe de la fijación de la identidad masculina en torno al trabajo y de la transformación de las expectati-

<sup>2</sup> Andrew Tolson, *Los límites de la masculinidad*, s.e., s. 1., 1977.

vas sociales en asuntos de autoestima y responsabilidad.

Para los hombres, la capacidad de proveer no sólo representa una cierta posición social y presencia como representante público/económico de la familia, sino también garantiza los derechos a la independencia y al dominio del mundo doméstico en el hogar. Así como la honría se forja en el escape del mundo doméstico de la madre, el trabajo es crítico para el mantenimiento de la identidad masculina a fin de sostener la separación del ámbito de la mujer: regresar a éste de otra forma que no sea como proveedor significa fallar como hombre. Esta separación de trabajo y hogar constituye y refuerza la masculinidad a otros niveles. El lugar de trabajo en la sociedad capitalista es un terreno de racionalidad técnica: las emociones son una desventaja para el trabajador/hombre en el mundo de la producción, la eficiencia, la solución de problemas y el manejo de recursos. Las emocio-

nes son asociadas a la esfera doméstica de las mujeres, y es mejor dejárselas a ellas.

Dadas las potentes conexiones entre el trabajo y la masculinidad, no es sorprendente que el desempleo traiga consigo el estigma de una masculinidad fallida y de una dependencia "forzada". De hecho, los medios invariablemente pintan al hombre desempleado como "hombre derrotado", atrapado, en peligro y efectivamente castrado en el hogar femenino.

Al examinar estos asuntos se hace obvio que la masculinidad es significativamente definida por —y a la vez termina apoyada y justificada— la organización del trabajo en la sociedad. La fuerza de la identidad de género como ideología se deriva del hecho de que a la honría se le confunde fácilmente (y deliberadamente) con la masculinidad biológica. Así, a las suposiciones ideológicas se les otorga el *status* de "lo natural". En este contexto, probablemente no es una coinci-

dencia que los valores masculinos reflejen los valores que caracterizan a la economía y la ideología capitalistas: competitividad, autoridad, individualismo, fuerza, agresión y creencia en las jerarquías. De hecho, la noción del hombre "proveedor", tal como existe actualmente, surgió con el advenimiento del capitalismo industrial desde mediados hasta finales del siglo XIX. En la sociedad precapitalista, si bien la masculinidad y el patriarcado eran afirmados mediante el trabajo en la transmisión de ocupaciones de padre a hijo, la producción era, en general, una empresa conducida desde el hogar por toda la familia.

En contraste, la estructura del trabajo en el orden capitalista emergente requirió una separación entre el hogar y el lugar de trabajo. A las mujeres, las niñas y los niños se les prefirió inicialmente como mano de obra industrial, y conforme declinó el viejo orden de producción artesanal feudal, la base económica y material de la autoridad

patriarcal empezó a desaparecer. La noción del proveedor masculino surge de este periodo como resultado de la lucha popular, la presión de la Iglesia y la acción estatal, en respuesta a la amenaza al orden patriarcal. Esto puede verse en la decisión sobre el salario mínimo en Australia: el caso Harvester (1907) determina que el salario del hombre debe ser suficiente para mantener una esposa y tres hijos/as, mientras que el de la mujer sólo debe bastar para mantenerse a sí misma. El hecho de que el ideal del proveedor masculino haya resultado ser considerablemente resistente a la luz de una mayor participación femenina en la fuerza laboral pagada, es un testimonio de la fuerza ideológica de la relación entre el trabajo y la masculinidad.

### ***Clase y masculinidad***

Después de haber planteado estos argumentos acerca de los vínculos en-

tre masculinidad y trabajo, es importante reconocer que la mayoría de las personas que no son independientes en lo económico no tienen más opción que vender su trabajo para sobrevivir. Sin embargo, cuando los empleos escasean, como frecuentemente ocurre en la economía capitalista, la ética laboral masculina y la división sexual del trabajo se confabulan para asegurar que los hombres tengan más probabilidades de obtenerlos. Además, en el contexto de la obligación general de trabajar, la masculinidad adquiere un especial significado político. Dado que los hombres perciben el trabajo como integral para la identidad masculina, como una responsabilidad "natural", la masculinidad de hecho funciona para limitar la resistencia contra la organización del trabajo. De manera similar, es más probable que los hombres desempleados vean su suerte como una derrota personal y no como una razón para cuestionar el sistema que los hace a un

lado. Este aspecto de la masculinidad se deja ver particularmente cuando se analizan cuestiones de clase.

Para la mayoría de los hombres de la clase trabajadora, como Martín, el trabajo raramente es una experiencia recompensante o satisfactoria. No es el lugar donde se cumple la promesa de la independencia o del poder masculino. Por el contrario, el ingreso al trabajo de un joven de la clase trabajadora es prácticamente una garantía de subordinación constante. Largas horas, bajos ingresos, tareas repetitivas y nada desafiantes, monotonía y una continua subyugación a la incuestionable autoridad de la administración, caracterizan la realidad del trabajo para los hombres y las mujeres de la clase trabajadora. Un control limitado del entorno laboral y oportunidades reducidas de aportes individuales acerca de las rutinas diarias y las prácticas laborales, así como el hecho de que las formas del trabajo en esta clase son escasamente valo-

radas por la sociedad... todo funciona para socavar la autoimagen masculina de un "individuo libre", poderoso y autónomo. Según Tolson, el *status* masculino es contradicho de manera constante por la indignidad del trabajo asalariado. Más aún, es la clase trabajadora la que inevitablemente carga con el peso del desempleo.

Aunque la ideología de la masculinidad es dirigida a todos los hombres, las realidades del trabajo y la clase necesitan compromiso y reinterpretación, lo que da como resultado la formación de particulares estilos de masculinidad de clase. Para los hombres de la clase trabajadora, tener poder e independencia, ser exitosos y competitivos es un sueño patenteramente irreal. Como consecuencia, el estilo de masculinidad de la clase trabajadora tiende a compensar la falta de poder político y económico con un estilo de machismo más inmediato y agresivo. También sirve para promover formas de solidaridad colectiva en

el lugar de trabajo, en los rituales de camaradería que se evidencian en las bromas, el consumo de alcohol, etc. Éstos pueden funcionar como patrones importantes de resistencia a la autoridad de los gerentes y a las rudezas del trabajo. No obstante, dado que la masculinidad en general se basa en la exclusión, cosificación y derogación de las mujeres, estas formas de resistencia son inevitablemente parciales.

Es posible que la masculinidad de la clase trabajadora sea a la vez una estrategia de manejo y una resistencia. Los rituales en el lugar de trabajo, más que desafiar la organización del trabajo, la hacen tolerable. Ciertamente, la masculinidad alienta a los hombres a identificarse como grupo, en oposición a las mujeres y con dominio sobre ellas, evitando así que los hombres de la clase trabajadora se identifiquen con trabajadores subordinados con intereses de clase particulares que son compartidos con las

mujeres de la clase trabajadora. En este sentido, la masculinidad genera solidaridad entre hombres de clases diferentes. Adicionalmente, tal como Collinson apunta en su artículo "La ingeniería del horror", las relaciones entre hombres en el lugar de trabajo tienden a ser, en su mayoría, defensivas y superficiales. Esto podría atribuirse, en gran medida, a la competitividad, la represión de emociones y la homofobia de la masculinidad convencional.

Para hombres de la clase media como David, el trabajo puede proveer oportunidades significativas de autonomía, satisfacción, poder y respeto. La masculinidad de la clase media tiende a ser definida más por autodisciplina que por autoridad, más por individualismo que por metas colectivas o la cultura. Si bien la masculinidad de la clase media cultiva un estilo más austero y restringido, ciertamente no es menos misógina, competitiva o dominante. La masculinidad,

aunque fracturada parcialmente por la clase, une a los hombres como grupo al permitir actitudes y conductas sexistas. Sin embargo, es importante recordar que el poder no es compartido en forma pareja entre hombres, y que es la minoría más pudiente de los hombres blancos la que ejerce mayor influencia en las instituciones que refuerzan y mantienen el sexismo, los estereotipos de género y los patrones de la organización de trabajo.

### ***Implicaciones para el movimiento de hombres***

En general, el movimiento de los hombres antisexistas ha evadido, hasta cierto punto, el abordaje de los asuntos de trabajo y clase. Probablemente en esto haya dos razones principales. En primer lugar, los asuntos relacionados con el trabajo, el capitalismo y sus conexiones, y el sexismo y la masculinidad son relativamente difíciles, y a menudo no se les aborda de ma-

nera particular. En segundo lugar, el movimiento de los hombres es un fenómeno predominantemente de clase media y, debido a las divisiones de clase inherentes a la sociedad capitalista, no comparte una fuerte base cultural con los hombres de la clase trabajadora.

Como punto de partida, exhortaría al movimiento de los hombres antixistas a ser conscientes de los asuntos relacionados con el trabajo, la clase y la construcción de la masculinidad. Las expectativas y también las limitaciones del trabajo son críticas para la definición de la masculinidad y la perpetuación del sexismo. Así como el trabajo define de manera crucial la masculinidad, la economía capitalista define la naturaleza del trabajo. El capitalismo promueve y se apoya en el sexismo y el racismo al dividir a las personas a quienes más explota. Ciertamente, como Friedrich Engels apuntó hace más de un siglo, la estructura de la familia, una fuente

primaria de opresión para las mujeres, funciona para posibilitar al hombre trabajador el que mantenga su labor al quitarle la carga del trabajo doméstico y la crianza infantil. Últimamente, la lucha contra el sexismo y las masculinidades opresivas debe cuestionar y confrontar la organización del trabajo dentro del capitalismo.

Por último, una buena parte de la masculinidad convencional no puede ser explicada adecuadamente con referencia a la clase y la economía. La misoginia, la homofobia y la magnitud de la violencia sexual contra las mujeres se explica mejor como aspectos de masculinidad que mantienen el poder de los hombres de diferentes clases sobre las mujeres. Tal como claramente ilustran las investigaciones sobre la violación y la violencia doméstica, no existen prejuicios de clase en la masculinidad opresiva: los hombres de la clase media tienen tantas probabilidades de perpetrar violencia sexual como los de la clase trabajadora. En relación

con estos asuntos, hay un marco y una justificación para el activismo de los hombres antisexistas. De manera similar, los movimientos socialistas necesitan apreciar el grado al cual la masculinidad apoya la organización del trabajo y de esta manera funciona como una fuerza conservadora y divisionista en la política de clase.

El movimiento de hombres también necesita apreciar que si bien sus asuntos y agendas se priorizan preferentemente en términos de desarrollo personal, no es probable que consiga atraer a muchos hombres de la clase trabajadora. La mayoría de éstos no tienen la energía, el tiempo libre o la libertad personal que se requieren para tal compromiso. El movimiento de hombres debe llevar activamente su lucha contra el sexismo a la cultura del lugar de trabajo, y esto probablemente pueda lograrse mediante pro-

yectos conjuntos con los sindicatos. Esta tarea también necesita ser realizada sin perder de vista las realidades de la estructura del trabajo. Por ejemplo, no es probable que la mayoría de los hombres de la clase trabajadora tenga algún día suficiente seguridad laboral ni "valor de mercado" como para conseguir el establecimiento de disposiciones para ausencia por paternidad. El futuro de los grupos políticamente movilizados en torno a los asuntos de violencia masculina, sexismo y masculinidad radica en su capacidad de apreciar adecuadamente y actuar sobre las interconexiones de todas las formas de opresión.

Copyright 1995. *Revista XY: Men, Sex, Politics*, 3(3), primavera, 1993.

XY, PO Box 437, Blackwood, SA, 5051, Australia. Título original: "Hard Yakkir".